

Mazzocchi, il più forte

RAFAEL BONILLA CEREZO

Universidad de Ferrara

A zaga de las huellas de un viaje por el país de los Césares, José Ortega y Gasset recuerda en *La deshumanización del arte* (1925) que mientras esperaba a que abrieran la Galería Uffizi, absorto en el rápido temblor del Arno bajo la luz de Florencia, cuyo cielo es quizá “el más azul y el más profundo de Europa”, le dio por comprar el *Giornale d’Italia*; y allí se topó con un título en letras grandes que rezaba: “Il più forte Zuloaga”. Noventa años después, otro José, de apellido Mazzocchi, se afanaba en terminar uno de sus últimos libros: la traducción de *Velázquez* (Ibis, 2015), ensayo de veras incitante del padre de la razón vital. No estará de más señalar que Mazzocchi, concienzudo y apasionado como era, había ido reuniendo con paciencia de chino todos y cada uno de los catálogos de las exposiciones dedicadas al pintor sevillano antes de escribir siquiera una línea. Por la sola causa de que siempre se negó a dibujar las lindes entre una reseña —las suyas eran eruditísimas—, un manual o una elegante presentación. Empero, insistía a menudo en la conveniencia de publicar artículos breves, a fin de ser piadosos con nuestros pocos lectores. Cuántas veces pudo más de uno, y de veinte, de mis mamotretos al grito de “¡Rafaelín, tijera!”, amenazando con dar a las prensas una colectánea menina que se iba a titular *Miniaturas* y que no llegó a ver la luz.

La noticia carecería de alcance si no fuera porque este segundo Pepe, o Beppe —así lo llamaban sus amigos—, se convirtió en un hispanista clave de la segunda mitad del siglo XX, y en miembro de mi familia sin parentesco. No exagero, pues acostumbraba a firmar sus cartas como “hermano Pepillo”, festivo colofón de unos jeroglíficos que ni su propio autor alcanzaba a descifrar. Nacido en Lodi, Giuseppe Mazzocchi (1960-

2017) completó sus estudios superiores en Pavía, bajo el magisterio de Giovanni Caravaggi. Doctor en Iberística por la Universidad de Bolonia, ejercería como Profesor Titular en Udine (1992-1995) y el Piamonte Oriental (1995-2000), antes de ganar la Cátedra de Literatura Española en Ferrara (2000) y, desde el 2004, en su *alma mater*, a la que le gustaba referirse como “El Pueblo” o el “Oxford de la Lombardía”.

Lo cierto —para qué ocultarlo— es que salió con cajas destempladas de varias de las sedes a las que consagró sus trabajos y sus días. Su firme carácter le granjeaba duros adversarios; un precio que pagó gustoso, no sin advertir a los que estudiábamos a su lado del peligro latente en los seres “departamentales” en demasía y de la vergüenza que produce pensar en la facilidad con la que capitulan o se arrodillan ante los símbolos y los nombres, las rectorías de cualquier tipo y las instituciones muertas. Para decirlo sin rodeos, Mazzocchi predicaba con el ejemplo. De ahí que nos animara a saltar al ruedo filológico publicando la verdad (¡su verdad!) de frente, por cruda que esta sonara. De ahí también esa afición a abrochar sus opiniones con una pregunta de la que hizo tarjeta de visita: “¿Hablo mal?”.

Incluso parecía sentirse más feliz de la sarta de oficios que había desempeñado fuera de la Academia: *carabiniere*, conserje, bibliotecario, guía turístico para ricos y vendedor en las tiendas que sus padres regentaban en Pavía. No en vano, su progenitora introdujo el pantalón de señora en el norte de Italia, amén de poner firme a Kenzo cuando el modisto nipón quiso sacar los pies del tiesto. Era cosa de ver a Giuseppe, a quien nunca le importó un comino el aliño indumentario, con el jarapillo de la camisa al viento, sus *converse* de color negro —una de las pocas exclusivas que dio a los del otro lado del charco— y dos gotitas de sudor en la frente, acertando con vista de lince la talla de pantalón de un alto ejecutivo o el número de zapato de una estupenda señorita.

Por supuesto, se trataba de otra de sus máscaras barrocas, pues le ilusionó sobremanera su nombramiento como Correspondiente de la RAE, aun cuando este llegara en una etapa en la que, a su juicio, que huía de la complacencia, no estaba produciendo lo que le hubiese gustado. Así, estoy seguro de que tampoco aprobaría que nadie le dedicara ningún panegírico; y menos un obituario, toda vez que se mostró vivísimo hasta el final, cuando nos lo arrebataron con zarpa de fiera. Baste entonces una

risueña estampa andaluza. Y es que Mazzocchi adoraba Sevilla, sobre la que barajaba publicar una guía de la Semana Santa; y el Califato de Córdoba, que fatigó con frecuencia, resuelto a tomarse un medio de fino a la sombra de la Mezquita-Catedral.

En un alarde memorioso de poca monta, recuerdo con exactitud la tarde que lo conocí: el 10 de marzo de 2003. Yo me dirigía al silo de la villa de Antequera, donde el profesor José Lara (Universidad de Málaga) me había invitado a dictar mi olvidable primera conferencia, a propósito de la *Soledad* de Espinosa al duque de Medina Sidonia. Hoy como ayer, me viene a la retina la imagen de un coloso que frisaba los dos metros y superaba el centenar de kilos con largueza. Giuseppe impresionaba a los presentes desde la atalaya de su rotundo corpachón; en su pelo castaño, siempre muy corto, se adivinaba algún rizo travieso, y lucía una barba con hebras azafranadas que el tiempo acabaría tiñendo de gris. Créanme si les digo que, un lustro después, ya en Pavía, sentado en su silla de Presidente del Consejo Didáctico, se me figuró un crecido retrato del joven Peter Ustinov de *Quo Vadis?* (Mervin LeRoy, 1951). Pero esa es otra historia... de lombardos.

Una vez di por cerrada la charla, o lo que fuera, el doctor Mazzocchi se puso en pie, cogió el micrófono y me echó un capote, salvando de la quema uno de mis desatinos sobre el antólogo de las *Flores de poetas ilustres*: “Pasada su época de florista, Espinosa compuso con la medida de quien se sabe nada frente al todo de Dios”. Claro que yo ignoraba entonces que aquel gigante era uno de los mayores expertos en la ascética y la mística españolas, según demostraría en su edición de la *Guía de maravillas* de fray Luis de Granada (Fundación Lara, 2006), en la traducción del *Discurso de la verdad* de Miguel de Mañara (Ibis, 2012) y en sus cuatro asedios al *Cántico espiritual*: “Il sogno dei mistici”, en *Sogno e scrittura nelle culture iberiche*, Bulzoni, 1998, pp. 73-83; “Mistica ed esperienze iniziatiche”, en *L'ermetismo nell'Antichità e nel Rinascimento*, Nuovi Orizzonti, 1998, pp. 73-88; “Le montagne di San Giovanni della Croce”, en *Ascensioni umane. La montagna nella cultura occidentale*, ed. Giuseppe Langella, Grafo, 2002, pp. 67-81; y “La riflessione sulle immagini sacre e il ritratto dell'amato in San Giovanni della Croce”, en *Tra parola e immagine. Effigi, busti, ritratti nelle forme letterarie*, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, 2003, pp. 47-68.

Dos trazos de su bizarro temperamento: ¿qué motivos hay para visitar Génova? Los menos avisados dirán que su algarabía portuaria, las Strade Nuove, la casa de Colón en la Piazza Dante, el Acuario... En cambio, Mazzocchi ordenó desfilas por el Palazzo Bianco al comando formado por Javier Gutiérrez y quien suscribe, al objeto de pasmarnos con la *Santa Eufemia* de Zurbarán. La segunda anécdota es de raíz escultórica. Si lo seguías a un congreso y le sondeabas acerca de la ponencia de fulano o mengano, podía sacarse de la chistera una ocurrencia de este pelaje: «Tiene manos de Gregorio Fernández».

Sin embargo, sus empeños más dichosos dentro de las moradas místicas se cifraron en la *Guía espiritual* de Molinos, a cuyo *revival* contribuyó con artículos (“El sublime della quiete: Miguel de Molinos o del nulla”, en *Il centenario della nascita di Francesco Petrarca (2004) - Il misticismo (2005). Cicli di conferenze tenute presso il Circolo della Stampa di Milano*, Società Dante Alighieri, 2008, pp. 145-164) y la celebración de un congreso cuyas actas aparecieron como suplemento de *Il confronto letterario*, 65 (2016). Antes de diseñarlo —en una salida propia del Giuseppe más teatral—, solicitó el *nihil obstat* a un sacerdote del Pueblo, habida cuenta de que, fruto de sus escaramuzas con la Inquisición, el teólogo había dado con sus huesos en una cárcel de Roma, donde moriría en 1696.

Durante aquel congreso antequerano, aprendí varias cosas que distinguían a Mazzocchi de modo especialísimo. Si te profesaba afecto, anulaba enseguida el cordial apretón de manos, reemplazado en su caso por dos lecciones adiaforas: el aplauso percusivo, con el que te recetaba un par de sopapos en la cara; o bien el abrazo contra su prominente panza, donde podías rebullirte como un *pupo* siciliano movido por un Geppetto (o Beppetto) a escala infinita. Su risa sonaba un punto chocante; de aquella montaña de miembros nacían agudas carcajadas, con notas de flauta, que remataba apretando las mandíbulas. Mazzocchi se resistió a dejar de ser un niño grande, y hasta grandísimo, sabedor de que con sus agudas fabulillas cometía travesuras que despertarían la ovación del auditorio. Huelga decir que odiaba los deportes y daba voraz cuenta de todos los placeres de la existencia terrena; los mismos que lo habrán facultado para merecer no menos de tres o cuatro nubes en la región más transparente: la comida, el chupito de avellana con el que obsequiaba a sus íntimos, gentileza de uno de esos primos con los que siempre andaba tirándose los trastos a la

cabeza; y la belleza femenina, a ser posible con curvas. No sorprenderá, por fin, que este católico de la vieja escuela prefiriese los versos de Tasso al *Furioso* de Ariosto. Y tampoco que firmara un artículo sobre las turgencias de las damas en las paráfrasis ibéricas de la epopeya del genio de Sorrento: “Per ubera ad astra: il seno femminile nelle traduzioni spagnole della *Gerusalemme Liberata*”, en *Relazioni letterarie nell’epoca rinascimentale e barocca*, Olschki, 2004, pp. 33-65.

Con todo, errarán el tiro quienes lo describan como un conservador renuente a según qué tipo de ideologías y a un modelo de Universidad con el que no comulgaba en absoluto. Es verdad que Mazzocchi no era un virtuoso de la informática y se negaba a utilizar el escáner. Y lo mismo rige para su interpretación de los estudios de tercer ciclo: recomendaba a sus alumnos hacer un curso de Paleografía en Ávila, o bien una estancia en la Biblioteca Nacional, al abrigo de Isabel Moyano, a quien tachaba cariñosamente de “librepensadora”, antes que “perder el tiempo” en sedes más propicias para el *fish and chips*. Sin ir más lejos, puso pies en pared desde el momento en que el doctorado se convirtió en un “trámite” más de mi enloquecida patria, a la que tanto amó. Indignado por tamaño descarrío, solía declinar las invitaciones a formar parte de tribunales. Por no hablar del poema que asomaba a su rostro si alguien le pedía que le certificara algún mérito. Lo hacía muy a regañadientes y mascullando: “con sello y todo, ¡como les gusta a los burgueses!”.

Pocos sabrán que este devoto del Barroco, con los citados Velázquez y Zurbarán en el altar (formidable aquella conferencia sobre el *Agnus Dei* del Prado), sí, el mismo que trasladó a su lengua *Cómo se hace una novela* de Unamuno (*Come si fa un romanzo*, Ibis, 2012) y tenía un oído enfrente del otro, celebraba sin reservas el cine y la prosa de Almodóvar, hasta el punto de ocuparse de ella (“Pedro Almodóvar: una scrittura contro?”, en *Scrittori “contro”: modelli in discussione nelle letterature iberiche*, Bulzoni, 1996, pp. 265-277) y sancionar *Patty Diphusa*, estrella internacional (o eso decía ella) de fotonovelas porno, como texto obligatorio para los alumnos del segundo curso. En efecto, igual que al cineasta manchego, a Mazzocchi le divertía eparar. Y también gracias a Almodóvar congenió con Daniela Aronica, directora del Centro di Studi sul Cinema Italiano de Barcelona y autora de una monografía pionera sobre el creador de *La ley del deseo* (1987): *Pedro Almodóvar* (Il Castoro, 1993).

Me volví a cruzar con el catedrático de Ferrara durante el otoño de 2003. La normativa de las Becas del Ministerio Español para la consecución del Doctorado Internacional promovía los períodos de formación en centros extranjeros y el profesor Lara me animó a solicitar uno en la corte de los Este, bajo la imponente tutela de Mazzocchi. Por aquellos días, Beppe se hallaba algo contrariado con los vaivenes de su carrera en la universidad y vaciló a la hora de aceptar la visita de un pipiolo español del que quizá ya ni siquiera se acordara.

Craso error. La memoria de Giuseppe era la más portentosa de cuantas haya visto; y no solo por lo que atañe a las bibliografías, que recitaba de corrido, o a los versos de sus poetas de cabecera (Manrique, Juan de la Cruz, Góngora, Calderón, Bergamín, Miguel Hernández), sino a todo el microcosmos de nuestros colegas, incluyendo la nómina de sus obras, congresos y hasta de sus respectivos padres, hermanos, parejas y amantes. Un paseo por la muralla de Ferrara, y no digamos ya por Pavía, era la mejor excusa para una —o varias— de las famosas fichas del Jefe. ¡Por supuesto que me recordaba! Y claro que estaba atareado y no podía dedicarme tiempo la noche en que llegué, tras una huelga de trenes en Boloña. De hecho, la primera palabra que aprendí en italiano fue “sciopero”.

Sus despachos, incluidos los de sus cálidos hogares, tuvieron algo en común: un proverbial y calculado desorden. Cerros de libros, carpetas, fetiches y papeles de toda laya, con predominio de los folios con cuadrícula, se levantaban desde el suelo, inundando mesas, repisas y hasta el arcón de palo de rosa que había comprado en Lisboa. En aquellos laberintos, saltando de acá para allá con un boli en la boca y sus babuchas amarillas, Mazzocchi se sentía en su salsa.

Divisé su oronda figura al fondo de la Planta Torreta de la Facultad de Letras, y en la pared un recorte de prensa en el que se leía: “Carabiniere si uccide per amore”. Me acerqué entonces con timidez, virtud que no me adorna, y le pregunté si podría ser útil de alguna manera al resto del Departamento de Español. Los ojos se le dispararon de las órbitas: “¡Chaval, el Departamento soy yo!”. Y no mentía; o solo un poquito, pues si bien era el único hispanista de Ferrara, teníamos de vecinos a los dos Paolos: Trovato, engolfado en su proyecto de editar la *Comedia* de Dante; y Cherchi, que me puso al tanto de las misceláneas áureas, me regaló su artículo sobre los nombres en *La Celestina* y, en casa del tercer Paolo, mi

hermano Tanganelli, historió la remontada en Salk Lake City de los Bulls de Jordan, aquella tarde de las finales del '97 en la que su majestad aérea presentaba claros síntomas de fiebre. Giuseppe, medido y hasta algo parco en el elogio, aludía a ellos como “tres cabezas”. Esta sinécdoque aprobatoria no era moneda común, y representaba uno de los pocos guiños de admiración por parte de alguien que se definía como un “enseñante”. Por otro lado, si no le satisfacías —más habitual—, hacía gala de su enorme facilidad para imitar acentos y la acuñación de motes y epítetos con jocosos sufijos en “-azo” u “-ón”.

La segunda mañana me interrogó acerca del tema de la tesis. Respuesta: “El gongorismo en la novela corta del Barroco”. Inyectiva: “La novela corta empezó con Boccaccio y debería haber terminado con Boccaccio”. Mal empezábamos. Sin embargo, pronto despejó mis cuitas. Como le había pedido bibliografía, edificó una montaña en la que florecían *Il Parnaso in rivolta* de Carlo Calcaterra (Mondadori, 1940); el volumen de Aurelio Roncaglia sobre las jarchas (*Poesia d'amore spagnola d'ispirazione melica popolare*, 1953), tres del padre Giovanni Pozzi a propósito de la lírica, la pintura renacentista y los laberintos gráficos (*Rosa e gigli per Maria. Un'antifona dipinta; Sull'orlo del visibile parlare; Alternatim*, Adelphi, 1987 y 1996); el manual de Giorgio Pasquali (*Storia della tradizione e critica del testo*, Le Lettere, 1934); el *Libro delle rivelazioni e intelligenze* de Maria Magdalena de Pazzi y una antología de bardos medievales que él mismo había editado junto al Profesor Caravaggi, Monica von Wunster y Sara Toninelli: *Poeti cancioneriles del secolo XV* (Japadre, 1986).

Nada relativo a los *novellieri*. Comprendí la orden al instante, devorando con fruición aquel menú de sus gozos filológicos, varios de los cuales pronto serían los míos. Para hacerse una idea cabal de los saberes que atesoraba Mazzocchi, basta con echar un rápido vistazo al crisol de sus doscientas publicaciones. Veló sus primeras armas —y las últimas, pues se había enrolado como líder de Pavía en el proyecto sobre los cancioneros ibéricos que capitanea su amigo Antonio Gargano (Università di Napoli Federico II)— en sendas ediciones de las *Coplas de la Pasión con la Resurrección* del Comendador Román (La Nuova Italia, 1990) y la *Poesía* de Juan Sedeño (Baroni, 1997). La primera había nacido de su tesis, que defendió con la máxima calificación y el premio de la “dignidad de estampa”. Nunca la dio por concluida. De hecho, como prueba de su

apabullante honradez, explicaba en clase que iba a replantar aquel estema a no tardar mucho.

Destacaré las actas del congreso *I canzonieri di Lucrezia / Los cancioneros de Lucrecia* (Padova, Unipress, 2005), en collera con su fiel Andrea Baldissera (Università del Piemonte Orientale), y la traducción de la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro (Memini, 2002). Hasta fechas muy recientes, según nos avanzó en el simposio *Canzonieri del Siglo de Oro* (Vercelli, octubre de 2016), anduvo enfrascado en la edición de un cancionero sefardita de la Biblioteca Braidense, esta vez junto a otro de sus alumnos: Andrea Bresadola (Università di Macerata), aka “El Lehenda”, quien desde los años de Ferrara sufría con estoicismo las bromas de Beppe sobre sus pañuelos palestinos. Y es que para El Jefe sus alumnos eran lo primero, “¡casi más que los hijos!”. Cómo no mencionar aquí los gloriosos exámenes acerca de lo inefable en las obras de Dante y san Juan de la Cruz. Una suerte de entremés de figuras por el que desfilaban cerca de cien almas y tres horas más tarde no quedaban ni quince. En cierta ocasión, hubo incluso que llamar a una ambulancia...

Mazzocchi era “un hispanista de pueblo”, o sea, dueño de una vasta cultura que iba de la literatura clásica —obtuvo la Cátedra de Latín (con el número uno) en el instituto y se ufanaba de haber reverdecido el griego en las clases que impartía a su hijo Dario— a la catalana, pasando por la italiana y la lusa. Siempre mostró interés por la pervivencia de autores y tópicos latinos en la Edad Moderna; prueba de ello la tesis que le asignó a Bresadola: *Marcial en verso castellano* (Ibis, 2008); o sus apostillas a “Los comentarios virgilianos del Padre Juan Luis de la Cerda”, en *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*, Universidad de Salamanca, 1993, pp. 663-675), un motivo de Séneca difundido por la piel de toro (“Ya Séneca la preluvió aún no nacida»: per la storia di un *topos* nella riflessione linguistica spanola», en *Gli Annei nella storia e nella cultura di Roma imperiale*, Como New Press, 2003, pp. 19-37) y las secuelas cervantinas del símbolo de la *aurea mediocritas*: “«Dichosa edad y siglos dichosos»: Don Chisciotte e l’età dell’oro», en *Millenarismo ed età dell’oro nel Rinascimento*, Firenze, Franco Cesati, 2003, pp. 371-388.

También los poemas caballerescos le sorbían el seso. Además de sus escolios sobre el *Furioso* (“Dall’ottava dell’Ariosto all’ottava di Urrea: un traduttore e la metrica”, en *La tela de Ariosto. El “Furioso” en España: tra-*

ducciones y recepción, ed. Paolo Tanganelli, UMA, 2009, pp. 117-129) y de la tesis de Ester Cicchetti (Juan Rufo, *La Austriada*, Ibis, 2012), podía pasarse horas hablando de *Os Lusíadas* de Camoens, al que volvía una y otra vez desde que cuidara su edición al italiano (con introducción, antología de la crítica, sinopsis de los cantos y notas sobre el problema textual: Rizzoli, 2001, 2 vols.). No en balde, tenía ya en cartera su actualización junto a Valeria Tocco (Università di Pisa).

Llegados a este punto, mis lectores habrán observado que Mazzocchi solía publicar en la colección que alumbró en Pavía, cuyo ideario no alberga dudas: “*Cauterio suave* aspira a distinguersi per la concretezza dei contributi proposti e per il loro rigore filologico. Ma tale rigore non sarà mai rigidità: il cauterio che il filologo applica ai testi è bruciante, ma soave è lo splendore che ne riverbera sui documenti scoperti, ricostruiti, illustrati, e che da essi barbaglia un poco di luce anche sullo slancio, faticoso e solitario, di chi li ha accostati con amore”. Incansable asimismo su labor al frente de la revista *Il confronto letterario*, que data de 1984. Proclive a ir a contrapelo, le traían sin cuidado los índices de impacto y echaba pestes de aquellos que se rendían a las hieles del mercadeo en editoriales que están en la mente de todos. No obstante, durante los últimos años aumentó su presencia en foros como la *Revista de Poética Medieval* (“La poesía española en Milán alrededor de los «Rabisch»”, 28, 2014, pp. 295-318), *Ínsula* (“Italia y España en el siglo XX”, 757-758, 2010, pp. 28-33) o *Edad de Oro* (“Transmisión impresa y transmisión manuscrita: el caso del tratado *De vita felici* de Juan de Lucena”, 28, 2009, pp. 237-248, a cuatro manos con Olga Perotti).

Con Beppe no cabían las medias tintas. Nunca se empleaban suficientes horas —fiestas de guardar incluidas—, ni soportaba las excusas. Eso sí, su naturaleza, rigurosa en extremo, lo empujaba a exigirse a sí mismo más de lo que nos exigía a los demás. Nunca le dolieron prendas en aplazar sus investigaciones cuando se trataba de corregir un artículo de cualquiera de sus colaboradores, entre los que se contaron Olga Perotti (Università di Parma), a quien dirigió la tesis, y Renata Londero (Università di Udine). En eso no tuvo rival. Guardo aún el primero de los trabajos que sometí a su criterio, lleno de tachones, notas al margen y un preciso corolario: “¡Animal!”.

Pero si algo le hizo merecedor de fama planetaria fue la lucidez con la

que aplicaba el método neolachmanniano. Mazzocchi adoraba a los suyos, pero en el otro platillo de la balanza, acaso para reequilibrarse, decidió colocar la crítica textual. Su mujer, la encantadora Nora, y sus fantásticos hijos, Nino, Lucia y Dario, a los que tanto aprecio, le reprochaban el sinfín de tardes que robaba a su convivencia por dejarse el pellejo en la Universidad. Y tenían razón, pero así era el cabeza de familia. Aún no se ha valorado con justeza que, allá por donde pasó, Giuseppe creó bibliotecas, enriqueció fondos, conquistó subvenciones, supervisó los programas Erasmus y aceptó la responsabilidad de presidir plazas y oposiciones.

Para no perderme ni perderles en rodeos, regreso a la ecdótica. Mazzocchi fue uno de los culpables de mantener encendida la antorcha que recibió del Profesor Caravaggi y que en Italia se alienta desde La Sapienza (Patrizia Botta), la propia Pavía (Paolo Pintacuda), Vercelli (Andrea Baldissera), Potenza (Carlo Beretta) y Ferrara (Paolo Tanganelli, Giulia Giorgi). Todos ellos alumnos o camaradas del Jefe. De entre las múltiples iniciativas que se traía entre manos, se sentía particularmente orgulloso del curso *Introducción a la crítica textual*, que itineró desde el 2009 por la Universidad Internacional de Andalucía, la Universidad de Pavía y la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Por sus aulas, a lo largo de ocho jubilosos años, pasaron más de trescientos alumnos de todas las nacionalidades, amén de la flor y la nata de la tribu ecdótica: Alberto Blecua (Universidad Autónoma de Barcelona), Giovanni Caravaggi (Università di Pavia), Florencio Sevilla Arroyo (Universidad Autónoma de Madrid), Miguel Ángel Pérez Priego (UNED), María Morrás (Universidad Pompeu Fabra), José Lara Garrido (Universidad de Málaga), Juan Montero (Universidad de Sevilla), José María Micó (Universitat Pompeu Fabra) y Álvaro Alonso (Universidad Complutense de Madrid).

Mención de honor —nobleza obliga— para los fundadores del club del estema, seguro menos ilustres que los antedichos, pero igual de tenaces. Ahí está *La Sonanta* para confirmarlo: Andrea Baldissera, Paolo Pintacuda, Paolo Tanganelli, un servidor y Beppe Mazzocchi, quien puso su corazón en esta aventura. Aquellas clases en las que Giuseppe comentaba el estema de Maas ante un grupo de jóvenes atraídos por los secretos del arquetipo y los errores significativos serían dignas de publicarse, ya que la UNIA grabó las jornadas. Y eso que no respetó el horario ni un solo día. Por dos razones: 1) nada le daba más placer que analizar un misterio

editorial; 2) tan valioso era lo que enseñaba como el modo en que lo hacía, trufado de cuantos chascarrillos y digresiones estimaba oportunos. De otra manera nunca se hubieran llenado aquellas salas de La Cartuja para asistir a las sesiones que añadía al programa *gratis et amore*. El rito era invariable con los que le caían simpáticos: pregunta un tanto ladina, respuesta feliz y palmada de lo más estruendosa: “¡Chócala!”. A sus desvelos deben hoy los neolachmannianos que Baldissera y un califa acometieran la traducción de la *Textkritik* (UNIA, 2012), que luego reseñó en *Medioevo romanzo* (XXXVII, 2, 2103, pp. 467-469).

Referente en el estudio del libro español entre la Baja Edad Media y el Bajo Barroco, cada año organizaba en Pavía un seminario sobre este particular. A la ciudad del Tesino arribaban entonces especialistas de la talla de Isabel Moyano (Directora de la Biblioteca Joaquín Leguina de la Comunidad de Madrid), María Luisa López Vidriero (Real Biblioteca de Palacio), Encarna García Sánchez (Università di Napoli Orientale) o Lorenzo Baldacchini (Università di Bologna), cuyo manual (*Il libro antico*, Carocci, 1982) Beppe soñaba con ver en castizas letras de molde.

Varias de sus mejores aportaciones tienen que ver con este campo: catalogó el fondo renacentista de cuño ibérico en la Biblioteca Universitaria de Pavía (Padova, Unipress, 1998), por la que se movía como Pepe por su casa; fabuló la biblioteca imaginada de Luis de Góngora (*La hidra barroca*, Junta de Andalucía, 2008, pp. 59-80); redactó las fichas de los volúmenes de la muestra homónima, a caballo entre Sevilla y Córdoba (2008, pp. 335-355); promovió la titulada *Da Cervantes a Caramuel. Libri illustrati barocchi della Biblioteca Universitaria di Pavia* (Ibis, 2009) y se amistó con colegas como Clive Griffin (Oxford University) o Klaus Wagner (Universidad de Sevilla), a quien dedicaría el artículo “«Amigos para cuando despertemos»: *La vida es sueño*, vv. 2423-2427”, en *Geh hin und lerne. Homenaje al profesor Klaus Wagner* (Universidad de Sevilla, 2007, pp. 739-746). La cena con Paulina, viuda del romanista teutón, se convirtió en inexcusable cita veraniega. También estimularía el inventario del fondo hispano-portugués de la Ariosteia de Ferrara —una de nuestras asignaturas pendientes— y, como digo, el de la Universitaria de Pavía, al alimón con Paolo Pintacuda.

Entretanto, viajaba y nos enviaba postales de sus correrías por Turquía, México o Río de Janeiro, además de sacar tiempo para Caramuel, la no-

vela morisca, las *artes bene moriendi* en el *Quijote* (*Il confronto letterario*, XII, 1995, pp. 581-597), las comedias de santos protagonizadas por Juan de Dios, los sermones del padre Vieira, el corpus bergaminiano (“Ecos de Antonio Machado en José Bergamín”, *Machadianas*, CRILAUP, 1993, pp. 71-86; “La «Oda horaciana» de *Hora última*”, *En torno a la poesía de José Bergamín*, coord. Nigel Dennis, Universitat de Lleida, 1995, pp. 97-112) y un puñado de capítulos sobre Góngora que valdría la pena recopilar. Verbigracia el relativo a los deícticos y el perspectivismo en los bodegones de la *Fábula de Polifemo*: “La estructura narrativa del *Polifemo*”, en *Góngora hoy VII*, ed. Joaquín Roses, Diputación de Córdoba, 2005, pp. 125-138.

Quizá les sorprenda que quien esboza este retrato no fuera alumno de Beppe Mazzocchi. Él era muy celoso para estos asuntos. Acostumbraba a decretar los temas de tesis, las distintas fases del *cursus honorum* y, en resumidas cuentas, las líneas de su escuela: “¿El libre albedrío de los estudiantes? ¡Eso es de liberales! Si aceptamos eso, ¿dónde iremos a parar?”. Transcribo a continuación otro de sus «diálogos» más repetidos: “-¡Tú! ¿De qué quieres hacer la tesis?”. “-No sé, tal vez sobre poesía inglesa”. «-No, eso no. La haces conmigo. ¡En español!».

De no haber sido por la enfermedad, iba camino de metamorfosearse en un superlativo semítico andante: en maestro de maestros, pues su capacidad como formador era *vox populi*. Digamos que yo vine de lejos y acabé convertido en una suerte de satélite atraído por la fuerza centrípeta de la niebla lombarda. Basta y sobra para haberlo querido como el que más. ¡Porque se aprendía tanto del Mazzocchi humano, tan fieramente humano...!

Sin su patrocinio nunca hubiera asistido al congreso *Filologia dei testi a stampa (area iberica)* que Patrizia Botta coordinó en Pescara. Traigo ahora a la memoria los esfuerzos de la gran estudiosa de *La Celestina*, aquejada de una afonía, por enseñarnos la cuna de D’Annunzio en autobús mientras Beppe voceaba desde la última fila “¡Guapa, guapa!”. Lo que nunca me explicó el Jefe es por qué hubimos de alojarnos en un hotel de mala muerte donde compartimos sueños con un grillo.

También fuimos juntos a las termas de Chianciano, en las que tuve la dicha de tratar al profesor Gaetano (Don Cayetano) Chiappini (Università di Firenze), que en paz descansa, y a Luciana Gentilli (Università di Macerata), camarada de nuestro protagonista desde la juventud.

Más cercano en el calendario, aquel infausto *tour* por Andalucía en pos de un libro del padre Jerónimo Florencia. A la ida ayudamos a subir a una minusválida al vehículo que nos transportó a Granada. Con tan mala pata que, ya de vuelta, bajé por error en la estación de Baena y el chófer arrancó sin mí. Giuseppe se desgañitaba en el autobús; yo corría como un guepardo, tropecé con el arcén y me herí la mano izquierda. El estigma todavía perdura. Y la minusválida... La minusválida se quejaba a voz en grito de que no tenía un segundo que perder. En ese momento, Mazzocchi se dio la vuelta, la miró atónito y le espetó: “¡Señora, mal; pero muy mal, muy mal, muy mal!”.

Una de las soledades más confusas a las que me he enfrentado fue la de la Habilitación Nacional al Cuerpo de Profesores Titulares (2007). No hacía ni seis meses que disfrutaba de una Beca Postdoctoral en Pavía, donde Paolo Pintacuda, Eugenio Maggi (Università di Bologna), el gato Paus y la profesora-poeta Paola Laskaris (Università di Bari), autora de *Almirante*, que brilla entre los himnos del mundo, me acogieron en su seno. Consciente de que mis opciones de superarlos eran escasas, pregunté a Beppe cómo preparar aquellos ejercicios: “Es muy fácil. Llegas, hablas, apruebas y te marchas”. Le hice caso... *e così via*.

Los coloquios más amenos se celebraron en Sevilla y Santander. Nuestro verano solo podía despedirse con el fraterno curso de ecdótica. El año pasado Giuseppe madrugaba para dar buena cuenta de varias tostadas, dulces, café, fruta y alguna que otra fruslería rabelaisiana de las que se metía entre pecho y espalda. La noche previa a la clausura me informó de que pensaba levantarse temprano para tomar un baño en la playa frente al Palacio de la Magdalena. Yo ni me atreví. Pero el intrépido *carabiniere* estaba dispuesto a beberse la vida a grandes tragos, sin privarse de nada. Por eso en las sobremesas nos regaló otra de sus memorables lecciones: “Al final todo consiste en fluir, en el ritmo con que se fluye”.

La penúltima vez que lo vi lo acompañé a una corrida en la Feria de Bilbao. También se sumaron a la expedición Baldissera y Pintacuda. Más allá de su artículo «*Spagna veloce e toro futurista* di Marinetti e *Le voyage à l'Espagne* come sottogenere letterario», en *Il segno dell'io: romanzo e autobiografia nella tradizione moderna* (Campanotto, 1992, pp. 123-136), no era Beppe un entendido en el arte de Cúchares, aunque le llenaba el ambiente de las plazas y aquella tardeapuró un sabroso cubalibre. En el

cartel se anunciaban Diego Urdiales, el malogrado Iván Fandiño y David Mora. Yo le explicaba los distintos tercios, las claves de la lidia, si el diestro debía matar en la suerte natural o en la contraria... De pronto, durante el cuarto toro, harto de que un banderillero no anduviera fino con los garapullos, me miró y arbitró: “en las cuadrillas sucede lo mismo que en la vida. ¡Al final sale el primo tonto!”.

Por desgracia, la salud de ambos hizo que después de Vercelli no pudiera volver a reunirme con él. Y bien que me pesa y me pesará. Con todo, sé que Giuseppe, desde el Cielo de los Filólogos, me habrá disculpado y hasta verá con buenos ojos que a partir del mes de febrero de 2018 ya nadie vuelva a ponerse su camiseta con el diez a la espalda, la más azul y la más profunda de Europa. ¡Va por usted, Maestro!